Staal del. Imp. F. Chardon aîné, 56, r. Hautefeuille, Paris. Geoffroy sc.

MADAMA NECKER

La apreciacion de madama Necker no es estudio que deja de ofrecer dificultad. Son sus defectos de aquellos que más fácilmente chocan en Francia, porque no son defectos franceses; y sus cualidades de aquellas que con mucha frecuencia no se manifiestan sino despues de las cosas de tacto y de gusto, pues son inherentes al alma y al carácter. Quisiera yo determinar equitativamente las dos partes y juzgar de esta persona de mérito con toda libertad, pero siempre con los debidos miramientos y con respeto. Se puede juzgar de un hombre público, muerto ó vivo, con alguna rudeza; pero me parece que una mujer, aunque muerta, si ha conservado en vida las cualidades esenciales de la mujer, es algo contemporánea nuestra siempre, y sobre todo si no ha cesado de estar representada hasta nuestros dias por una descendencia de gloria, de virtud y de gracia.

Para apreciar debidamente á madama Necker, que nunca fué en París más que una flor trasplantada, conviene verla en su frescura primitiva y en su tierra natal. La señorita Susana Curchod habia nacido en el país de Vaux, en Crassier, pueblo fronterizo de la Francia y de la Suiza. Su padre era pastor ó ministro del Santo Evangelio; su madre, nativa de Francia, habia preferido su religion á su país. Fué educada y criada en esa vida campestre y de presbiterio donde algunos

poetas han colocado la escena de sus idilios más hechiceros, y allí adquirió, con las virtudes del hogar paterno, los rudimentos de los estudios serios. Era bella, pero su belleza, pura y virginal, era de esas que tienen necesidad de la primera juventud. Á su rostro largo y algo recto lo animaba su resplandeciente frescura y lo suavizaban sus ojos azules llenos de candor. Su esbelto talle no tenía todavía más que dignidad decente sin rigidez y sin afectacion. Tal la vió la vez primera Gibbon durante una de las temporadas que ella estuvo en Lausana. El futuro historiador del Imperio romano era tambien muy jóven entónces; su padre le habia enviado á Lausana para que hiciera allí su educacion y se curara « de los errores del papismo, » á los cuales se habia inclinado el jóven alumno de Oxford. Gibbon pasó cinco años en este agradable destierro, desde la edad de diez y seis años hasta los veintiuno. El mes de junio de 1757 (tenía veinte años) encontró por primera vez á la señorita Susana Curchod, á quien toda la ciudad de Lausana llamaba la *bella Curchod*, y que no podia presentarse en una reunion ni en un teatro sin que la rodease un círculo de adoradores. Gibbon escribia aquella noche en su *Diario* esta nota sentimental y clásica: « He visto á la señorita Curchod. — *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.* » En sus *Memorias* se extiende á otros pormenores, y nos hace el retrato más halagüeño de la señorita Curchod, en aquella fecha:

« Su padre, dice, en la soledad de una aldea aislada, se dedicó » á dar una educacion liberal y hasta sábia á su hija única. Ella superó » sus esperanzas por sus adelantos en las ciencias y las lenguas, y en » las cortas visitas que hizo á algunos de sus parientes en Lausana, » el ingenio, la belleza y la erudicion de la señorita Curchod fueron el » tema de los elogios universales. Las relaciones que se hacian sobre » tal prodigio despertaron mi curiosidad: *Vi y amé.* La encontré » sábia sin pedantería, animada en la conversacion, pura en los sen- » timientos y elegante en los modales; y esta primera emocion no » hizo más que fortificarse con la observacion de un trato más fami- » liar. Me permitió que la hiciera dos ó tres visitas en casa de su padre. » Allí pasé algunos dias felices en las montañas del Franco Condado,

» y sus padres estimulaban honrosamente estas relaciones... »

Gibbon, que no habia adquirido todavía la grotesca fealdad que se desarrolló en él despues, y que ya reunia al talento más brillante y variado, el más apacible é igual de los caractéres, pretende que la señorita Curchod se dejó impresionar sinceramente; él mismo se adelantó hasta el punto de hablar de casamiento, y sólo despues de su regreso á Inglaterra, viendo un obstáculo para este enlace en la voluntad de su padre, desistió de él. Pero todo esto pasó, por lo que respecta á Gibbon, con una igualdad y una tranquilidad, aun en medio de la tristeza, que hace sonreir. Siete años despues, á su vuelta de Italia, volvió á ver en París á la señorita Curchod, que se habia casado recientemente con M. Necker y que le recibió con una mezcla de cordialidad y malicia:

« No sé, señora, escribia madama Necker á una de sus amigas de » Lausana (noviembre de 1765), si os he dicho que he visto á Gibbon; » me ha impresionado este placer sobre todo encarecimiento, no por- » que me quede sentimiento alguno hácia un hombre que, en mi con- » cepto, apénas lo merece, sino porque mi vanidad femenina nunca » obtuvo triunfo más completo y honrado. Ha permanecido dos semanas » en París, y todos los dias le he tenido en mi casa; se habia vuelto » dócil, flexible, humilde, decente hasta el pudor. Testigo perpétuo » de la ternura de mi marido, de su talento y jovialidad, celoso admi- » rador de la opulencia, me hizo notar por primera vez la que me rodea, » ó que cuando ménos hasta entónces sólo habia causado en mí una » sensacion desagradable. »

Por lo que hace á Gibbon, al referir las impresiones que experimentó en esta ocasion, aparenta estar herido en su antiguo amor ó en su amor propio de amante sacrificado; pero, si bien se examina, se ve que está más bien contentísimo de tener en lo sucesivo en madama Necker, cuando venga á París, una introductora natural cerca de la mejor sociedad, y cerca, sobre todo, de ese círculo de filósofos y literatos distinguidos que tanto llamaban su atencion y de quienes era tan digno, él que sólo vivia de la vida del espíritu.

La señorita Curchod era pues, á la edad de diez y ocho años (1758), una de las flores y maravillas de ese país de Vaux que Rousseau iba á poner de moda en la alta sociedad parisiense con *la Nueva Heloisa*. Rousseau encontró medio sin embargo para ser injusto hácia ese país apacible, al mismo tiempo que lo pintaba como el paraíso terrenal : « Diré desde luego, escribia en una página célebre de las *Confesiones*, á los que tienen gusto y son sensibles : Id á Vevay, visitad el país, examinad los sitios, dad un paseo por el lago, y decid si no ha hecho la naturaleza este bello país para una *Julia*, para una *Clara* y para un *Saint-Preux;* pero no los busquéis en él. » Y yo diré, y lo dirán conmigo todos los que han conocido y habitado ese país : Sí, buscad en él, ya que no *Julias* y *Saint-Preux;* al ménos *Claras;* lo que entiendo por eso es cierta forma de ingenio mezclada de seriedad y jovialidad, natural y cultivada á la vez, muy suceptible de raciocinio, de estudio y hasta dialéctica, viva no obstante, bastante imprevista y no enteramente destituida de amenidad y hechizo. La señorita Susana Curchod era en su género uno de esos ingenios complicados é ingenuos que, léjos de desagradar, gustan mucho cuando se los encuentra en los lugares mismos, sobre las mesetas ó en las sinuosidades de esas verdes colinas escalonadas que limitan por el lado de Suiza el bello lago de Leman (1).

Por aquel tiempo, Voltaire que habia vuelto de Prusia, ántes de establecerse cerca de Ginebra, ensayaba esta nueva vida en Lausana, donde pasó sobre todo los inviernos de 1756, 1757 y 1758; encontraba allí, con mucha extrañeza suya, una aficion á las cosas de la imaginacion que él contribuia á promover aun más, pero que no tuvo que crear : « Se cree entre los papanátas de París, escribia, que toda la Suiza es un país salvaje; mucho se sorprenderian si vieran que se

(1) Los curiosos pueden buscar consideraciones muy ingeniosas acerca de estas relaciones de los espíritus y del país, en el tomo segundo, pág. 1191 de la obra titulada *el Canton de Vaux, su Vida y su Historia,* por M. Just Olivier (Lausana, 1841).

representa *Zaira* en Lausana mejor que en París, y aun se sorprenderian más al ver doscientos espectadores, tan buenos jueces como los mejores que pueda haber on Europa... He hecho correr lágrimas de todos los ojos suizos. » Rebajad de estos elogios lo que os plazca, separad la parte debida á la cortesía y á la hospitalidad, y todavía os quedará algo. En esta sociedad es donde madama Necker acabó de formarse en su primera juventud y donde brilló.

Como por este tiempo murió su padre venerado y se quedó sola con su madre privada de fortuna, inspiró vivo interes á cuantas personas la conocian; y reinando como reina, en esta parte de la Suiza francesa, grande aficion á la enseñanza y á la educacion, se ideó hacerla dar algunas lecciones sobre las lenguas y las cosas que habia aprendido en el presbiterio paternal. Lo hizo con éxito brillante; dió cursos, como es costumbre en todo tiempo en Suiza, tuvo alumnos de ambos sexos, y hace algunos años se mostraba todavía, en un vallecito poco distante de Lausana, la meseta donde, en una cátedra ó trono de césped levantado por los estudiantes de la comarca, la bella huérfana de Crassier concedia los elogios ó los premios, y quizas tambien, en los bellos dias del verano, explicaba al aire libre sus lecciones. No están demas estas particularidades, que en el dia son la tradicion ó la leyenda consagrada del país, para hacer sentir lo que habia en la primera educacion de madama Necker de solemne, de afectado y de académico, así como de sencillo, de rural y de inocente.

La señorita Curchod perdió tambien en estos años su madre que habia asistido á todos sus triunfos y disfrutado sus dulzuras. Entónces más seriamente que nunca se inquietaron sus amigos acerca del porvenir de esta bella, virtuosa y sábia jóven que iba á cumplir veinticuatro años. Decidióse que marcharia á París en compañía de una señora de alto rango, madama de Vermenou, quien al pasar por Ginebra la habia visto y prendádose de su mérito. Madama de Vermenou se hallaba viuda; M. Necker, rico banquero ya, miembro de la compañía de las Indias y de edad por entónces de treinta y dos años, pretendia su mano, y la viuda no habia podido decidirse toda-

vía á darle respuesta favorable. Mas apénas hubo visto él en casa de madama de Vermenou á la jóven que esta habia traido de Suiza, cuando su eleccion cambió de objeto, y al cabo de algunos meses de residencia en París, la señorita Curchod se casó con M. Necker (1764).

En una serie de cartas, escritas por madama Necker á una de sus amigas de Lausana, tenemos la sucesion de sus pensamientos é impresiones en la nueva sociedad adonde ha entrado (1). En seguida se considera trasplantada y desorientada. Su aficion á las cosas del ingenio se encuentra satisfecha, pero sus necesidades de corazon comienzan á hacerla penar. « ¡Qué país tan estéril en amistad! » exclama. Mejor informada, retractará esta palabra, y algunos años despues dirá : « Á pesar de la preocupacion, he encontrado en medio de París personas de la virtud más pura y susceptibles de la más tierna amistad. » Pero este discernimiento exige más de un dia. Su salud se resiente desde los primeros tiempos; es una alteracion cuya causa no se puede atinar, pero que proviene de que no le prueba bien la tierra y tambien de la fatiga nerviosa que no hará más que aumentar con los años, en esa nueva situacion en que la fortuna hace pagar sus favores con tantos deberes y exigencias. Madama Necker se habia formado concepto particular de los autores y de las personas de saber de París solamente por los libros, y encontró que la sociedad donde tenía que guiarse era mucho más diversa, variada y llena de matices : « Al llegar á este país, dice, creia que las letras eran la llave de todo, que un hombre cultivaba su entendimiento únicamente por medio de los libros y sólo era grande por el saber. » Pero el género de conversacion que se adaptaba á esta idea apénas era admisible sino en el trato particular, y no tardó en notar su equivocacion : « No encontraba una palabra que decir en sociedad, añade;

(1) En el tomo titulado *Cartas diversas recogidas en Suiza* por el conde Fedor Golowkin (Ginebra, 1821), se puede leer, desde la página 232, esta serie de cartas de madama Necker dirigidas á madama de Brenles. El editor ha intentado en sus notas sacar deducciones sutiles y desventajosas para madama Necker, que yo no puedo ver en ellas.

hasta ignoraba su lenguaje. Obligada por mi condicion de mujer á cautivar los ánimos, ignoraba todas las minuciosidades del amor propio y lo exacerbaba cuando creía lisonjearle. Lo que en Suiza se llamaba franqueza, se trasformaba en egoísmo en París; la negligencia en cosas de poca importancia era aquí faltar á las conveniencias; en una palabra, disonando incesantemente, é intimidada por mis descuidos y mi ignorancia, no encontrando jamas la palabra oportuna y previendo que mis actuales ideas jamas se encadenarian con las que estaba obligada á adquirir, he ocultado mi corto capital para no volverlo á ver nunca, y me he puesto á trabajar para vivir y acumular algo si puedo. » Este esfuerzo penoso es el que se percibe en todo lo que ha escrito madama Necker, y el que contribuyó á arruinar su salud ántes de tiempo. Ningun cerebro ha debido trabajar ni mortificarse más que el suyo. Colocada desde los primeros meses de su llegada á Francia á la cabeza de una casa donde recibia á los literatos más afamados de París, y deseosa de desempeñar dignamente este papel, émula y discípula de madama Geoffrin, conseguia su objeto, pero con detrimento de su salud, de sus hábitos más arraigados y de sus demas gustos : « Debo con este motivo confesaros una cosa, escribia en 1771 á una amiga de Suiza, y es que desde el dia de mi llegada á París no he vivido uno solo con el caudal de ideas que habia adquirido; exceptúo de ello lo que concierne á las costumbres, pero me he visto obligada á rehacer *de nuevo* mi espíritu para los caractéres, las circunstancias y la conversacion. » Y en efecto, si se quiere reflexionar un poco, excepto el honrado Thomas con quien hizo conocimiento desde luego, y que respondia á las partes sérias y un tanto solemnes de su alma; excepto tambien Marmontel, que tuvo el mérito de penetrarla bien, y más tarde Buffon, que supo apreciar su homenaje y pagárselo en admiracion (1), ¿cuáles eran los literatos con

(1) Buffon hizo dos versos latinos para ponerlos debajo del retrato de madama Necker; son notables por la vivacidad del elogio tanto como por la inelegancia :

Angelica facie et formoso corpore Necker
Mentis et ingenii virtutes exhibet omnes.

quienes tenía que habérselas, y que ella deseaba tratar habitualmente y agrupar en derredor suyo? Era el pequeño abate Galiani, « que no podia perdonarla el que tuviera virtud y conservara *la fria actitud de la decencia;* » era Diderot que escribia á la señorita Voland, el mes de agosto de 1765 : « Hay aquí una madama Necker, linda mujer y de bello ingenio, que está apasionada por mí, y me persigue para que vaya á su casa. Suard la hace la corte, etc. etc. » Era esa multitud de literatos distinguidos más ó ménos galantes y descreidos; era el abate Arnaud, el abate Reynal, y el abate Morellet á quien se dirigió de los primeros para fundar su salon : « La conversacion era buena en él, nos dice Morellet, aunque algo contenida por la severidad de madama Necker, en presencia de la cual no podian tocarse muchos asuntos, y á quien mortificaba sobre todo la libertad de las opiniones religiosas; pero en materia de literatura se conversaba agradablemente y ella misma hablaba muy bien. » Fácilmente se concibe el trabajo y el esfuerzo de renovacion que debió hacerse en el espíritu de madama Necker en presencia de este mundo enteramente nuevo, sobre todo cuando el círculo de sus relaciones se fué ensanchando cada vez más, á medida que M. Necker iba tomando vuelo. Si hubieran de enumerarse los concurrentes á su salon de París ó á su parque de Saint-Ouen, sería menester incluir todo lo más selecto de Francia.

M. Necker, como se ha hecho notar ya, apénas figuraba al principio en el salon de su mujer sino por su actitud de observador y por un silencio desdeñoso ó prudente quizas sobre asuntos que no todos poseia en igual grado. No rompia de vez en cuando este silencio sino con alguna agudeza picante ó algun chiste malicioso con que hacía notar como de paso alguna extravagancia ó ridiculez. Este hombre grave tenía esa propension á chancearse finamente que era muy natural en él, y lo ha probado despues con algunos escritos que atestiguan su observacion minuciosa y perspicaz. Madama Du Deffand, juez tan severo y temible, que se ligó más tarde con los Necker, gustaba mucho del marido y reconocia talento y mérito en la mujer; no obstante decia de él que en medio de todas sus cualidades le faltaba

una, la que más agradable hace á una persona, « *cierta facilidad que da, por decirlo así, talento á aquellos con quienes se conversa;* no ayuda á explayar lo que se piensa, y es uno más necio con él de lo que suele serlo á solas ó con otros ». No se puede definir mejor el efecto que produce ese género de talento aparte, elevado, aislado y poco simpático, el talento doctrinario, llamándolo con su nombre, cuyo primer representante entre nosotros ha sido M. Necker. Madama Necker, con su aire frio y contenido, amaba á su marido con exaltacion, con idolatría, y él la correspondia con el mismo sentimiento. No era una de las menores singularidades de la época esa especie de altar erigido al bueno y púdico matrimonio en el centro de París y en medio de la secta de los filósofos.

« Me gustan mucho algunos de nuestros filósofos modernos, pero no me gusta su filosofía », decia madama Necker. En una carta en que se excusa de no poder presentarles dos jóvenes de Zurich, nos muestra á aquellos poco mesurados en su lenguaje, trabajando por la mañana en su gabinete y conversando el resto del dia : « La mañana está consagrada al estudio, y tienen tan grande libertad de pensar, que no pueden resolverse á encontrar una cara desconocida en las casas que frecuentan, pues quien dice libertad de pensar, sobrentiende deseo violento de hablar; yo veo á algunos de ellos, y felizmente sus costumbres, que son muy honestas, corrigen la mala impresion de sus principios, sin lo cual valdria más renunciar á este género de sociedad. » Pero el renunciar á ella le hubiera costado demasiado, y su mérito consiste en haber sabido conciliar su extremada aficion á las cosas del ingenio con la integridad de sus principios en tan peligrosa vecindad.

¡Cosa singular! á pesar de la reserva en el capítulo religioso, los libres pensadores, tales como Diderot, estaban más á gusto aun en casa de madama Necker que en la de madama Geoffrin. En el salon de esta última reinaba ante todo la prudencia social, la estricta conveniencia; en el de la otra se hacian notar la virtud y un fondo de bondad hasta en el desacuerdo y el vituperio.

En el salon de madama Necker é inspirada por ella, nació primeramente, en 1770, la idea de levantar una estatua á Voltaire. Este le escribió con este motivo várias cartas festivas y hasta madrigales galantes. Pigalle fué elegido para hacer la estatua del patriarca; pero cuando madama Necker supo que el estatuario queria representarle enteramente desnudo, se rebeló contra tal proyecto; no era así como lo habia entendido su pudor.

Marmontel, á quien es preciso citar cuando se trata de cuadros de sociedad y de crítica literaria, y que en este órden de ideas nos ofrece el tipo excelente del talento secundario más distinguido, ha juzgado á madama Necker en una página donde no hay que añadir nada, pues hace resaltar perfectamente los rasgos esenciales que se cruzaban en ella y la caracterizaban, la *complicacion del espíritu* y la *rectitud del corazon* :

« Extraña en las costumbres de París, madama Necker no tenía » ninguno de los atractivos de una joven francesa. Ni en sus maneras » ni en su lenguaje habia el aire y el tono de una mujer educada en » la escuela de las artes y formada en la escuela del mundo. Sin gusto » en el vestir, sin desembarazo en su actitud y sin atractivo en su » cortesía, ajustaba demasiadamente su espíritu como su postura para » que tuviera gracia.

» Pero otro encanto más digno de ella era el de la decencia, del » candor y de la bondad. Una educacion virtuosa y estudios solitarios » le habian dado todo cuanto el cultivo del entendimiento puede añadir en el alma á una índole excelente. El sentimiento era perfecto » en ella; pero el pensamiento era tambien á menudo en su cabeza » confuso y vago. La meditacion, en vez de aclarar sus ideas, las » turbaba, y queriendo explayarlas, se perdia en abstracciones y en » hipérboles. Parecia que no veía ciertos objetos sino al traves de » una niebla que los abultaba á sus ojos; y entónces era su expresion tan enfática que habria sido risible á no saberse que era ingenua. »

En materia de gusto, madama Necker que estaba poco segura de

sí misma y sólo juzgaba por reflexion, como sucede ordinariamente á las personas que han pasado su juventud léjos de París, creyó al llegar que bastaba para esto tomar lecciones como para todo lo demas : « La sola ventaja de este país, escribia despues de un año de permanencia, es que forma el gusto, si bien á expensas del genio; se dan mil vueltas á una frase y se compara la idea bajo todas sus relaciones... » Y creyó llegar ella misma al gusto haciendo sufrir á sus ideas esa especie de prueba y casi de tormento. En el fondo hubiera querido, no como ella decia rehacerse de nuevo, sino combinar dos espíritus, casar en cierto modo el espíritu de su canton con el nuestro. Por desgracia el ingerto fué siempre rebelde en ella y sólo prendió muy imperfectamente. Casi nada dice sin exagerar la idea natural ó la expresion, buscando en ella alguna relacion inusitada. Es curioso ver hasta qué punto ha llevado y se ha llevado en torno de ella este principio erróneo; pues no exceptúo al mismo M. Necker, editor de los cinco tomos de ***Misceláneas*** póstumas de su mujer, y que parece aprobarlas en todo.

Cuando se abren las ***Misceláneas*** de madama Necker despues de leer una obra del siglo XVII, parece que se entra en un mundo enteramente nuevo, y que ya no es aquella la misma lengua. *No se ha esforzado*, se decia, para expresar el modo de escribir de madama de Caylus y sus amables negligencias; pero no se dirá la misma cosa de madama Necker.

Á cada momento hace comparaciones que, léjos de explicar el pensamiento ya confuso y enigmático por sí mismo, lo oscurecen más y más, hasta el punto de desvanecerse la poca luz que se columbraba. Algunas de estas comparaciones son sumamente raras. Queriendo definir, por ejemplo, á los que carecen de unidad en su carácter y sensibilidad y que se difunden acá y allá como si tuvieran muchas almas diferentes, dirá « que se parecen á los *cangrejos*, á quienes se puede cortar una pata sin que se note nada algunos dias despues, porque tienen varios centros de sensibilidad ». En otra parte, la impresion natural de la comparacion que hace va en sentido inverso de

su pensamiento. Así es que dirá : « No es cosa imposible querer con tener al genio en los límites del gusto. *Ved los holandeses*, forman un dique al mar con briznas de paja. » La obra de los holandeses que contienen al mar con diques es industriosa y grande, pero no está ni poco ni mucho en armonía con la idea que inspira la palabra gusto; semejante comparacion trastorna el entendimiento, léjos de aclarar el pensamiento. Este género de desacuerdo es perpétuo en madama Necker. Tiene aficion á las comparaciones mitológicas y las saca de léjos. Haciendo el elogio de su marido y manifestando que su existencia se halla ligada íntimamente al bien público, dice : « Es el *tizon de Meleagro*, al cual está adherida su vida ministerial. » Este *tizon de Meleagro* se vuelve á encontrar en más de un paraje. En una palabra, se percibe demasiado que las comparaciones no se ofrecen espontáneamente á esta mujer de talento, que no nacen del asunto mismo que trata y que no son inspiradas por la oportunidad del discurso, sino que las saca de algun depósito más antiguo, de algun cuaderno de conversacion donde las tenía reservadas. Por eso asombran ante todo y no dan luz; ese es el defecto.

Sería injusto empero no reconocer al lado de esto lo que es natural en ella y por dónde se distingue de las demas mujeres en ese siglo de corrupcion y de falsa sensibilidad. La suya es verdadera; emana de las fuentes morales más puras, y en cuanto se trate de elevacion, tendremos tanto placer como provecho en oirla. Cualquiera creeria que pensaba en madama Lambert y que recordaba haberla leido, cuando decia : « ¡Dichoso aquel que jamas ha encontrado deleite sino en los impulsos sensibles y razonables ! estará seguro de divertirse toda su vida. » Si se ha dejado dominar algo por la aficion al cultera·nismo y al análisis, que es la enfermedad de la época, sabe desprenderse de ella por una inspiracion más alta y que se sobrepone á los errores del gusto : « *El instante presente* y *Cada uno para sí*, tales son, dice, las dos divisas del siglo, que se confunden una en otra. *El porvenir* y *Vivir en otro*, esas son las que yo quisiera adoptar. » So acordó temprano de la vejez y del momento en que se marchitan ls»

encantos exteriores. Enumerando sus riquezas en lo moral : « Las reduzco, dice, á las ideas *religiosas* y á las ideas *sensibles*, á fin de que el tiempo que va avanzando no haga más que aumentar mi fortuna. » Cada dia es mayor su repugnancia por el gran mundo, donde todo le parece facticio y donde su corazon encuentra tan poco alimento. Entónces retrocede al pasado y se complace en revivir en él. Aun sintiendo desde luego lo que le faltaba en París, juzgaba sin embargo muy bien lo que hay de indispensable en su permanencia para los que la han gustado una vez : « Es cierto, escribe, que se puede y se debe ser más feliz en otra parte, pero es menester para ello no conocer un encanto que, sin hacer dichoso, envenena para siempre todos los demas géneros de vida. » Al escribir estas palabras, todavía estaba dominada á médias por el encanto (1773). El primer ministerio de su marido, que debió sin duda exaltarla, fué tambien el momento que comenzó á desengañarla : « Mi corazon y mis pesares, escribia á un amigo el mes de julio de 1779, buscan incesantemente un universo donde la beneficencia sea la primera de las virtudes. ¡Qué desengaño el mio respecto á nosotros en particular ! Creía ver la edad de oro bajo una administracion tan pura, y no veo más que la edad de hierro; todo se reduce á hacer el menor mal posible. » Así es que, desde este momento, experimenta de nuevo el pesar del pasado : « El pesar del pasado, exclama, hace volver siempre mis ojos hácia ese Ser para quien ningun tiempo es pasado. Creo verle rodeado de todas nuestras horas, y busco cerca de él los instantes y las personas que parece no existen ya para nosotros : entónces se calma mi ánimo, y mi pensamiento errante y desolado encuentra un asilo. » No tuvo, como tantas otras mujeres, el pesar de la juventud que huía y de la hermosura desvanecida. Sin embargo, un dia (acababa de cumplir treinta y cinco años) dejó escapar un leve quejido : « Mucho me cuesta, escribia á una amiga, habituarme á todos los cambios; la edad que en apariencia viene lan lentamente, me ha sorprendido precisamente por esta marcha sin ruido; creo estar en un mundo nuevo, y no sé si comienzo ahora á soñar. » Pero presto toma su partido y encuentra preparados

los recursos de la edad madura : « Habiendo tenido en mi juventud gustos muy diferentes de los que me ocupan ahora, he sentido poco los inconvenientes de la transicion ; se ha realizado esta por grados y siempre he encontrado sustitutos. Así que, cuando miro en el espejo mi tez marchita y mis ojos abatidos, y entrando en mí misma encuntro una razon más activa y firme, si el tiempo no me hubiese arrebatado los objetos de una ternura que no concluirá sino con la vida, no sabria decir si debo quejarme de él. »

El primer ministerio de su marido, ó, como decia ella ménos familiarmente, de su *amigo*, le ofrece ocasion de desenvolver y practicar en grande sus virtudes. Los enfermos, en 1778, estaban todavía muy poco bien tratados en los hospitales; baste decir que se ponian en una misma cama más de uno, y el hospicio fundado por madama Necker tuvo por objeto en su orígen « demostrar la posibilidad de cuidar á los enfermos *solos en una cama* con todas las atenciones de la más tierna humanidad y sin exceder de un precio determinado ». El ensayo se hizo en un pequeño hospital donde sólo cabian ciento veinte enfermos. Madama Necker, su fundadora, fué por espacio de diez años su directora y la administradora vigilante de él, y mereció compartir los públicos elogios en un párrafo del *Informe* presentado por M. Necker al rey en enero de 1781. Aunque la malignidad mundana haya encontrado motivo de censura en esta solemnidad del esposo alabando á su compañera, confieso que aquí espira la sonrisa ante la elevacion del objeto y la grandeza del beneficio.

No tengo necesidad de seguirla en el pormenor de su vida y de sus diversos viajes, la mayor parte de los cuales fueron emprendidos para reparar su salud arruinada por congojas nerviosas que marcaban el trabajo del alma. Los deberes y exigencias del gran mundo, una vigilancia perpétua ejercitada sobre sí y en derredor suyo, una sensibilidad que se reprimia á menudo en silencio y con dolor, todo contribuyó á gastar las fuerzas de madama Necker ántes de tiempo. Dos grandes amistades descuellan en su vida, despues del culto de su esposo. La más alta de estas amistades, y que tambien era parecida á

un culto, fué la que la unió á M. de Buffon ; ella puede contribuir mejor que nadie á dárnosle á conocer y apreciar por sus cualidades íntimas y todavía elevadas, pues no es mujer que se familiarice jamas en nada con lo que admira. La otra grande amistad de madama Necker fué para M. Thomas, para ese grande escritor estimable y moral, á quien por moda se suele ridiculizar hoy, pero que tuvo prendas literarias distinguidas y cualidades de corazon muy afectuosas :

« Estuvimos unidos en nuestra juventud por todas las relaciones » honestas, le escribia madama Necker (1778), y jamas una idea » ménos pura vino á empañar vuestra amistad. Seamos más amigos » todavía ahora, cuando la edad madura, que disminuye la vanidad » de las inclinaciones, aumenta la fuerza de los hábitos, y seamos » todavía necesarios uno á otro cuando no vivamos ya sino en el » pasado y el porvenir; pues por mi parte no hago de antemano caso » alguno de la aprobacion de las nuevas sociedades de nuestra vejez, » y nada deseo en la posteridad sino una tumba adonde preceda á » M. Necker y cuya inscripcion haréis vos : este abrigo me será » más dulce que el de los álamos que cubren las cenizas de Rous- » seau. »

Tales pensamientos, nacidos del corazon, son muy propios para rescatar la exageracion de algunos elogios y hacerlos perdonar.

La hija de madama Necker, la que iba á ser célebre con el nombre de madama de Staël, crecia ya y se adelantaba más allá de lo que ella queria. Tan viva é impetuosa como prudente y comedida era su madre, agitada por todas las influencias del siglo y poseida de un genio que iba á aventurarse en muchas sendas diferentes, asombraba é inquietaba á esta madre tan cuerda, y la sugeria este pensamiento involuntario : « Los hijos ordinariamente suelen agradecernos poco nuestras solicitudes : son ramas tiernas que se impacientan con el tronco que las encadena, sin reflexionar que se marchitarian si estuviesen desprendidas de él. » M. Necker, en los intervalos que le dejaban sus graves negocios, se divertia con estas agudezas de su hija y se complacia en excitarlas. Se ha dicho que madama Necker padecia

al ver esta preferencia, y que la esposa se mostraba más fácilmente vulnerable que gloriosa la madre.

Los acontecimientos del segundo ministerio de M. Necker excedieron con mucho á lo que ella creía, y en todos los momentos en que pudo haber motivo para vacilar, se inclinó al partido de la retirada. Por esa razon fué un consuelo para ella, en medio de tantas causas de dolor, el encontrarse de nuevo el año 1790 en Lausana ó en Coppet, á la vista de su bello lago y no léjos de las tumbas de sus padres : « Parece, decia cada vez que volvia, considerando sólo el sentimiento moral que inspira esta clase de paisaje, parece que el Ser Supremo se ha ocupado aquí más particularmente de su criatura y que la obliga incesantemente á elevar su pensamiento hasta él. »

Escribia en estos años finales, y miéntras que 93 esparcia sus horrores por la Francia, un libro bien sentido que ha encontrado favor aun entre aquellos mismos que más severos se han mostrado hácia el género de talento de madama Necker, quiero hablar de sus *Reflexiones sobre el Divorcio*, que salieron á luz al siguiente dia de su muerte. Madama Necker se proponia en este escrito, que trazaba con mano ya desfallecida, combatir la ley francesa del divorcio y demostrar sus contradicciones con los principales fines de la naturaleza en sociedad y en moral. Apoyada en su ejemplo, en las virtudes y en la religion de toda su vida, aboga en pro de la indisolubilidad del matrimonio, y no concibe que una institucion fundamental sea presa de los caprichos humanos y de los atractivos : « Pues el primer atractivo de la juventud, dice, no es sino el primer lazo que sostiene á dos plantas nuevamente unidas hasta que arraigándose la una junto á la otra, no vivan ya sino de la misma sustancia. » — « En la edad madura, discurre ella delicadamente, la mujer que más debe agradar es aquella que nos ha consagrado su juventud. » Sin seguirla en su argumentacion, sólo haré resaltar algunos pensamientos de moral penetrante. Pintando la dicha de dos esposos fieles, y la del padre en particular que, viéndose retratado en las facciones de sus hijos, lee en ellas la pudicidad de su esposa, la verdad de su emocion la hace llegar á la

expresion perfecta y al colorido : « Aun á veces un esposo tiernamente amado se ve solo enteramente en las facciones de sus hijos. La naturaleza, que se hace así garante é interprete del amor conyugal, se complace en consagrar con su inimitable pincel los castos sentimientos de una esposa fiel; y todas las miradas que dirige un padre enternecido hácia los hijos que se le parecen, recaen sobre su madre con nueva dulzura. » Estos pensamientos son embelesadores y están expresados al natural. Lástima que madama Necker encuentre al lado de ellos algunos de sus antiguos defectos. Abusa de las comparaciones mitológicas, de los rasgos históricos, de Meleagro, de Aria y de Pœtus. Cita inoportunamente á Enrique IV para el cuadro de Rubens que representa el parto de María de Médicis. Enrique IV y María de Médicis son un mal ejemplo tratándose del amor y de la fidelidad conyugal. Siempre se encuentra en ella la misma falta de tacto para la asociacion de las ideas y la armonía de los matices en las comparaciones. Pero estos defectos se redimen aquí más fácilmente que en otras partes : la inspira el asunto de que trata, que es elevado é ingenioso, y cuando llega á la consideracion del matrimonio en la vejez, á este último objeto de consuelo y á veces tambien de felicidad en esta edad desvalida, tiene palabras tan bellas como enérgicas : « *La felicidad ó infelicidad de la vejez no es á menudo más que el extracto de nuestra vida pasada.* » Y mostrando, segun su experiencia de corazon y su ideal, la dicha postrera de dos esposos que se aman hasta el fin á pesar del esfuerzo de los años, nos traza la imágen y nos revela el secreto de su propio destino; hace falta leer toda esta página verdaderamente encantadora :

« Dos esposos adictos uno á otro marcan las épocas de su larga » vida con las prendas de virtud y afecto mutuo que se dan; fortifi- » cándose en el pasado, hacen de él un baluarte contra los ataques del » presente. ¡Ah ¿quién, si no, podria soportar el verse arrojado solo » esta playa desconocida de la vejez? Nuestros gustos han cambiado, » nuestras ideas se han debilitado, y el testimonio y la afeccion de » otro son las únicas pruebas de la continuidad de nuestra existencia;

» sólo el sentimiento nos enseña á reconocernos, y él es quien manda al » tiempo que suavice su imperio. Por eso, léjos de sentir pesar al ver » que el mundo huye de nosotros, sucede que nosotros huimos de él, » que no nos afectan ya sus intereses, que nuestros pensamientos se » engrandecen como las sombras al aproximarse la noche, y que un » rayo postrero de amor, que ya no es sino un rayo divino, parece » formar la transicion de los sentimentos más puros que nos es dado » experimentar en la tierra á los que no penetrarán en el cielo. ¡ Cuida, » gran Dios, del amigo, del único amigo que recibirá nuestros últi- » mos suspiros, que cerrará nuestros ojos y no temerá imprimir un » beso de despedida en labios ya marchitos por la muerte ! »

He querido mostrar este ejemplo singular de cierta elocuencia afectuosa y solemne, muy singular ejemplo en efecto, si se tiene en cuenta que ha salido de la última mitad del siglo XVIII, del seno de esa sociedad presa del desenfreno, y que emana de una persona que vivió en ella treinta años sin dejarse contaminar un solo instante. Era volver á *Filemon y Baucis,* pero volver de la manera única que era posible entónces, al traves de cierta declamacion. Esta al ménos era muy sincera; se confunde con la elocuencia, y aun es algo más al terminar, una plegaria.

Madama Necker habia dejado oir su canto del cisne; murió el mes de mayo de 1794, en una habitacion cerca de Lausana; no tenía más que cincuenta y cuatro años. En una Noticia escrita por su nieto se pueden leer tiernos pormenores sobre este fin; pero aun fuera del círculo doméstico, madama Necker merece obtener en nuestra literatura un recuerdo y un puesto más señalados de los que se le han concedido generalmente hasta ahora. La Francia debe á ella madama de Staël, y este presente magnífico ha hecho olvidar demasiado lo demas. Madama Necker, con defectos que chocan á primera vista y que fácilmente harian sonreir, ha tenido no obstante una inspiracion suya, un carácter. Habiendo entrado en la sociedad de París con el firme propósitio de ser mujer de ingenio y vivir en relacion con los más distinguidos literatos, supo preservar su conciencia moral, protestar contra las falsas doctrinas que la desbordaban por todas partes, predicar con su ejemplo, refugiarse en sus deberes aun en el seno del gran mundo y, en compensacion de algunas ideas sobradamente sutiles y de algunas locuciones afectadas, dejar tras de sí monumentos de beneficencia, una memoria sin tacha y aun algunas páginas elocuentes. Respecto de su hija, aunque su madre la admirara, de seguro que la hubiera querido muy diferente, y difícil sería seguir en ella la influencia de su madre. Pero esta influencia se volveria á encontrar más fácilmente en otros miembros de su descendencia, y la forma del pensamiento de madama Necker, suavizada despues de la primera generacion, ha debido influir no poco en el modo de presentar las ideas tan elevado y el fondo moral y siempre eminente de una familia ilustre (1).

(1) Un moralista fisiologista ha dicho: « Cuando uno se ha aplicado con demasiado ahinco durante la velada á un trabajo, tiene mil ideas penosas, encontradas y molestas que se representan ántes del sueño; pero por la mañana todo se aclara y despierta uno con ideas nuevas, fáciles y vivas, que sin embargo son debidas á ese esfuerzo de la noche precedente : del mismo modo, de una generacion á otra, las formas de ideas que en madama Necker se hallan en estado de preparacion laboriosa y complicada, y casi de pesadilla, se despiertan en madama de Staël lozanas, brillantes y ligeras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO